

FR. GERUNDIO.



Si quis dixerit parvum esse laborem semper semperque gerundiare mundum, anathema sit.

Si alguno dijere que es poco trabajo tener que estar gerundiando continuamente, le pego un mogicon que le crucifico.

CONC. 2. GERUND.

EL SACRIFICIO DE MI HUMOR.

Posicion ingrata, y sobremanera delicada y espinosa es la de un Fr. Gerundio que ha tomado sobre sí la difícil tarea de divertir al público dos dias en cada semana, cuando está mas bien para entregarse y dar rienda al sentimiento que para discurrir chistes y andar en pesquisa de sales cómicas.

cas para hacer reir á sus lectores: de un Fr. Gerundio que ha recibido de la naturaleza lo que algunos llamarán un regalo precioso, y él llama don funesto, legado fatal con que le ha querido castigar al autor de ella, á saber, un alma que siente mas de lo que le conviene, junto con una imaginacion que cabila mas de lo que fuera menester, y que cambiára á veces de buen grado hasta por la estupidez y la insensibilidad: de un Fr. Gerundio que tiene afecciones personales; que tiene familia y amigos; que éstos le comunican sus desgracias, y que participante de éstas como identificado con aquellos, las siente como ellos, le afectan como á ellos, y para llorarlas como ellos busca la soledad, y de la misma soledad que busca tiene que hacer un artículo festivo, y tras él otro y otro artículo jocoso para llenar la obligacion que con el público se ha impuesto y que nadie le ayuda á sostener. Ya pudieron traslucir los lectores la disposicion de su ánimo en la capillida última. Pero los lectores no son el escritor, y Fr. Gerundio no es el público aquel se impuso un deber, éste adquirió un derecho, y Fr. Gerundio sabrá hacer esfuerzos para satisfacerle: los compromisos y los deberes exigen á veces costosos sacrificios; los de la violencia que se hace al alma y al corazon son á no dudar, los mayores de todos: ¡ojalá supieran apreciarse!

El público leerá lo que escribo en el papel y quizá no agradecerá la violencia y el sacrificio: vosotros, amigos míos, leed en el corazon; nada

teneis que agradecerme; vuestros males son míos, y el sentirlos no es virtud, es necesidad, es deber.

A los toros.

Ya me habia echado (yo Fr. Gerundio) á dormir la siesta como buen reverendo, cuando sentí bullanga en la celda, y percibí á Tirabeque que decia: «por Dios, señores, que le van yds. á despertar, y el pobre mi amo necesita descansar un rato, que estos dias no anda muy bueno y ha dormido poco.» Los bullangueros sin atender á circunstancias ni cuidarse de razones (porque en ese caso dejarían de ser bullangueros de pró) entraron de tropel hasta la alcoba gritando: vamos, Fr. Gerundio; arriba; vestirse al instante y vamos á los toros.—¡A los toros! les dije yo; por Dios, hermanos, no sean calaveras; déjenme en paz, que no tengo hoy humor de toros.—Por la misma razon hemos venido nosotros por aqui. Vamos, vamos; vístase al instante su Paternidad, que ya es hora.—Pero hermanos.....—Vivo, vivo; que para luego es tarde; ya ha pasado la escolta hace un cuarto de hora.—Señores, si ademas de no tener humor, necesito el tiempo para escribir.....—Allí encontrará Vtra. Paternidad materia para sus ca-

;

pilladas. Y al decir esto me agarró uno por una pierna y otro por un brazo, y me arrancaron de la cama.

Sea todo por amor de Dios. ¿Tirabeque?—¿Señor?—Tráeme la peluca de pecar.—Aquí está, señor.—¿Es esta la peluca de pecar, torpe? Esta es la de celebrar.—Señor, si no sé yo con cual acostumbra vd. á pecar mas.—Si no estuvieran delante estos señores, yo te lo diria. Tráeme la peluca *torera* volando.—Señor, tan torera me parece esta como la otra.—La que no tiene corona, hombre.—Con decir, tráeme la otra, bastaba, señor, porque no tiene vd. mas que dos.—Tú vas á acabar conmigo, Pelegrin.

Traida que me fué la peluca y puesta en su molde, encasquetado el sombrero profano, ajustado el alzacuello graduado de corbatin, vestida la levita de misa y olla, con el baston imitado á caña debajo del brazo, encargada el cuidado de la celda á Tirabeque, y escoltado por mis despertadores, bajé la escalera abrochándome los botones del chaleco, y cátrate á Fr. Gerundio marchando por el *viacrucis* de la plaza de toros.

Quien no haya visto la calle de Alcalá en una tarde de *lunes de corrida* en Madrid, no ha visto algarabía de provecho; el que la haya visto, tiene mucho adelantado para no sobrecogerse el día del juicio universal; y el que no haya estado nunca en Madrid, por Dios que no entre por la puerta de Alcalá en tarde de toros, porque ó no tiene

pizca de médula en el cerebro, ó indispensablemente se ha de volver loco antes de la hora de merendar. Las calles todas y paseos que van á desembocar á dicha puerta parecen rios de gentes, y me representan las cataratas del Nilo. Pero la de Alcalá sobre todo presenta el aspecto de una ria navegable, en que cruzan lanchas, falúas, quechémарines, botes, fragatas, místicos y toda clase de embarcaciones: parece una laguna Estigia en que centenares de *Carontes* se ocupan de pasar almas al infierno en otras tantas barcas. Esto es en cuanto á la visualidad; que en punto á ruido, no hay nada comparable al que forman rodando sobre el pedernal de la calle tantos calesines *oficiales*, tantos coches *profesores*, tantos simones de *servicio*, tantos bombés *aficionados* y tantas carretelas de *correspondencia particular*, que todas á un tiempo van y vienen, y vienen y van, y tornan y vuelven, siempre corriendo y acompañado el ruido de su rotacion con las campanillas y esquilonas de los caballos y mulas, y las voces de los caleseros, que á trueque de portear un viage mas y ganar otra peseta, corren por aquella calle de Dios, que para ellos es el estádio y el hipodromo todo junto, cayéndoles por cada pelo cada gota de sudor como una bola de villar. Hay calesines *monosílabos* que no hacen mas que una persona, si se ha de arreglar al programa de paz, orden y justicia, y lleva un grupo de tres manólas, que si Fideas Ateniense hubiera estado en Madrid en la

calle de Alcalá un lunes de toros, hubiera tomado aquel cuadro por modelo para su *grupo de las tres Gracias*. Pero tambien van grupos que pudieran servir para arquetipo de las *tres Furias*. El programa de todos estos grupos es: *toros y economía*; pero los que van á pie añaden: *y nada de contribucion extraordinaria*.

Ea; ya estamos en la plaza de toros; en la plaza de toros, que para unos es el remedo del infierno, y para otros es el valle de Josafat: la concurrencia era como de un pueblo esencialmente torero; entre todos los periodistas no reunimos tantos suscritores como contaba la empresa taurina aquella sola tarde, prueba inequívoca de la ilustración que ya alcanzamos. A la manera que nos levantaremos todos de nuestros sepulcros al resonar la trompeta del juicio y á la voz de *levantáos, muertos*, así subieron á los tendidos los que por la plaza paseaban al sonar el clarín y los timbales, y al divisarse los penachos de los alguaciles. La alegría tumultuaria crecia por instantes y presentáronse en la arena los héroes de estoque y de la pica, los de la garrocha y el cachetero. *Montes*, el Espartero de la guerra táurica; *Miranda*, á quien atribuyen la inteligencia de Oraá, pero que en la práctica nos hace siempre temblar por los resultados; *Perico-no-te-veas*, que fuera mejor se llamara *Perico-no-té-dejes-ver*, porque siempre está uno en brasas temiendo que *se pierda en el sermon* como los predicadores que no saben bien el

papel; *Hormigo*, que se las apuesta al mas cerril de Gaviria y al mas bravío de Moral-zarzal; *Briones*; que no sé por qué se llama así, cuando ni aun *brios* tiene. Aquel día no picaba *Sevilla*, el robusto atleta Sevilla, capaz de recorrer el circo con un toro á cuestas, como Milon de Crotona en los juegos de Delfos; ni *Poquito-pan*, á quien tampoco tocaba el artículo de fondo del número de esta semana. Rodeábanles su correspondiente corte de banderilleros y chulos, dióse la señal, y empezaron á salir los animalitos por el orden de siempre.

No me detendré á describir las cualidades de cada toro, si era claro ó boyante, si se crecía ó remataba en el bulto, ni si perecían en regla ó contra regla, de buena ó de mala, porque son voces estas que no se hallan en la teología que se enseñaba en mi convento; y solo procuraré pintar á mis lectores algunas observaciones que durante la fiesta me estaban ocurriendo.

Tocóme estar sentado junto á un ex-gefe político, que tan luego como se verificó el despejo de la plaza se puso en mangas de camisa; á mi derecha estaban un juez de primera instancia y dos muchachas de prima tonsura; á la izquierda el zapatero que calza á Tirabeque y un diputado de la mayoría, y un poquito mas arriba dos mozos sin chaqueta, con sombrero gacho, calzon rojo y media blanca de lana, lo mismo lo mismo que están los quintos que se hallan en el depósito de Valladolid. No lejos de mi y al lado de una señora con

tres niños que el uno lloraba, el otro pedia rosquillas y el otro arrojaba hácia nosotros las cáscaras de un melon segun las iba limpiando la carne, se hallaba un mocito con bigote y gorra de cuartel, que llamaba por sus nombres, apellidos y apodos á todos y cada uno de los lidiadores. La sociedad no podia ser de mas franqueza; todos éramos unos. El juez de primera instancia que era conocido mio, y muy poco español, porque no asiste á todas las corridas, me llamaba Paternidad y Reverendísimo, y yo le apeé el tratamiento como era regular.

Cada porrazo que llevaban Briones ú Hormigo, cada testerada que se pegaban contra la barrera, era una noticia satisfactoria para el piadoso público que le hacia rebosar de alegría, y prorumpir en gritos de regocijo.

No causó tanto gozo á los concurrentes al palacio de las Tuilerías ansiosos de saber el resultado del anunciado parto de la duquesa de Orleans la noticia de Mr. Molé, cuando saliendo de la cámara de la augusta princesa les dijo: *Señores, tenemos un príncipe*, como causó en la plaza de toros de Madrid el ver caer un picador á cuerpo muerto del caballo abajo de un golpe del segundo toro. A propósito de franceses y de príncipe: esos franceses que tan acerbamente critican las fiestas de toros de los españoles, acaban de decretar (la municipalidad de París) que se regale al príncipe recién nacido una espada guarnecida de piedras precio-

sas de valor de *treinta y cinco mil francos*. ¿En qué campaña la habrá ganado el mocoso? No sé cuál es mas ridículo, si aquel decreto del consejo municipal de París ó alegrarse en la plaza de toros de Madrid de los porrazos de un picador.

Pero vamos al caso. Otra de las cosas que mas alegran y divierten á los aficionados á toros es la muerte de los caballos. ¡Qué guapo es este toro! decian unos, no lejos de mi, con toda su alma y su corazon: ya lleva despachados seis; mientras los mocitos de la media blanca se decian uno á otro: oyes, si cogiera allá el tio Remigio un par de caballos de estos, qué grandemente le vendrian! ya sabes que está trillando todo el verano con la pollina y una vaca vieja que no puede con los huesos. A lo cual saltó un valenciano, en quien yo no habia reparado: «peores que esos los ha llevado Cabrera de la Huerta de Valencia, y con ellos mata despues cristianos á porrillo.....» Este diálogo fue interrumpido por una gritería de toda la plaza entre la que se dejaban percibir las voces de; *anda bribon, tunante; ¿por qué no das dos pasos mas, so encogio? Ahi le tienes, bribon, obligale: ¿le tienes miedo, so cobardo, y es una cabra?* Eran flores que echaban á Briones, que estubo seguramente muy desgraciado. No pude ver si estaba en la plaza el fiscal *Las Heras*; si estuvo, deberá haber denunciado ya la plaza entera por injuriosa en primer grado, y con razon. En cambio Hormigo estubo

felicísimo, es decir, hacia la majadería de salir al medio de la plaza mano á mano con su contrinca y ponerle cuatro ó seis varas seguidas, lo cual le valió muchos aplausos y muchas costaladas. Seguro es que no llenaron de tanta satisfaccion por mas que nos digan, al famoso Temistocles los aplausos con que fue saludado al presentarse en el estadio despues de la batalla de Salamina, aunque le aclamaron el libertador de la Grecia, como inflaron á Hormigo los aplausos que le grangearon sus animalidades. No es extraño, cada uno en su profesion gusta de lauros. Entonces mismo estaba pensando Fr. Gerundio, que si acertaba á hacer un artículo de toros que ofreciese novedad y agrado á sus lectores despues de tanto y tan donosamente como han escrito sobre la materia el chistoso ESTUDIANTE y el oportuno ABENAMAR, era el hombre del mundo.

En cuanto al género de muerte que llevaron los toros, si murieron estratégicamente ó fueron vilmente asesinados, si es mas mérito que lleven *tres buenas*, que despacharles de una sola siendo *baja*, *innocens sum*, soy un majadero en la materia. Lo que puedo decir es, que tratándose de quitar enemigos del medio estoy por la brevedad, y que cuando silvaban á *Roque* porque despachó uno de la primera, diciendo que le habia degollado, yo divisaba á lo lejos al hijo de Zurbano que estaba en la plaza con su boina encarnada, y me parecia leer su pensamiento y

que estaria diciendo: «asi matamos mi padre y yo los facciosos, sin reparar en estirtegas y como primero se puede, y asi nos sale mejor cuenta.» Fr. Gerundio siempre estuvo por la táctica de los Zurbanos.

La corrida terminó sin novedad por parte de los taurómacos. El peligro de los concurrentes está despues al agolparse á entrar por la misma puerta de Alcalá. No ocurre tanto riesgo un navío de guerra al pasar por el estrecho de los Dardanelos ocupados por tropas enemigas, como corren los pañuelos y relojes en los bolsillos al atravesar el arco de dicha puerta de vuelta de los toros. El que logre entrar sin desperfectos bien puede decir que pasó la maróla y llegó á puerto salvo.

El apéndice de la funcion lo hacen despues las preguntas de los amigos y conocidos. Los que no han estado preguntan á los que estuvieron ¿qué tal ha sido la corrida? Y los que estuvieron preguntan á los que no han estado; ¿qué hay de ministerio? Muy bien, dice aquel: Montes y Hormigo se portaron tal cual. Castro y Mon, contesta el otro, son los que salen de positivo.—El quinto fué bueno, tomó 15 varas.—De Someruelos se habla con variedad.—Dos eran de Gaviria y dos de Fuentes.—Ofalia salta ahora con que ó todos ó ninguno.—El último fué muy mal degollado.—Frias dice que és el llamado á formar el nuevo.—De divisa morada eran los otros dos.—Todos dicen

que han de ser de una misma divisa.—¿Vd. habla por los toros? —Si.—Es que yo hablo por los ministros.

Y concluye el día hablando de los ministros y los toros con el mismo interés y aun confundiendo los en un diálogo.



OTRO POCO DE LA BULA DE MECO.



Segun dice el *Correo Nacional*, quien presentó la abadía de Olivares, para la que ha espedido las bulas su Santidad, no fué el Marqués de Villafranca, como á *Fr. Gerundio* le habian dicho y dijo él en la capillada 70, sino el Duque de Alva, segun le han dicho al *Correo* y dijo él en el número 202. Si asi es, ó el Meco es otro ó es el mismo. Si es el mismo, el *Meco* de la bula es Conde; si es otro, es Duque. De todos modos resulta que nosotros somos unos *mequetrefes* y que no entendemos jota de *mecanismo* ministerial. Porque si la *Bula de Meco* se alcanzó de Roma por la intercesion del Conde de Ofalia, y el *Meco* resulta ser *Conde*, no debimos permitir que el *Conde-Meco* dejara de ser ministro de Estado ahora que nos iba reconciliando con el Santo Padre y que éste empezaba á dar bulas á nuestros obispos. Si se alcanzó por media-

ción del Duque de Alva, y el *Meco* resulta ser *Duque*, debimos haber hecho al *Duque-Meco* ministro de Estado ahora que lo deja el Conde. Porque el estar en buenas relaciones con Roma no crean vds. señores, que es un grano de anís, que al cabo Roma para nosotros los católicos, es lo mismo que *la Meca* para los musulmanes. Pero está visto que no sabemos tener un ministro *Meco*. ¡Válgate Dios por *Bula de Meco* y qué poco nos vales.

La infinitiva.

Señor, ¿cuándo es la *infinitiva*?—¿A qué llamas la *infinitiva*, corruptor de idiomas?—Señor, es claro; al arreglo *infinitivo* del ministerio, que parece la obra de regla que no se acaba nunca.—Ya discurría yo que querías decir el arreglo *definitivo* del gabinete. ¡Ay Pelegrin! Se presentan dificultades *insuperables*!!! No hay hombres.—Señor, si sirvo para algo, aquí estoy yo.... ¿Se ríe vd., señor? Pues mire vd. que á hombre de bien no me cambio por nadie.—¡Hombre de bien! ¿Te parece que está el ministerio ahora para hombres de bien? Ya verás; ya verás que lapidarios entran.—¿Pero está ya *infinitivamente* arreglado eso, señor?—De oficio

todavía no; pero para mí lo mismo que si lo estuviese, porque acabo de saberlo por conducto que casi equivale á verlo en la Gaceta.—Con que según eso, poco es lo que adelantamos, hé?—Tampoco que estoy por decir que perdemos en el cambio, Ya se vé; ningun hombre de bien quiere aceptar....—¿Y por qué no han de aceptar, señor?—Porque no quieren.—Pues yo les haría querer.—¿Cómo les habias tú de obligar, tonto?—Cómo? Siendo simple Tirabeque no; pero si yo fuera Reina, yo les diria; «Señor hombre de bien, al ministerio, que hace vd. falta.—Señora, que mi salud....—Hasta que vd. se muera, trabaje vd. que la patria es sobre todo. Señor pícaro, vd. que le anda pretendiendo, á Filipinas. Señor otro hombre de bien, á desempeñar otro ministerio.—Señora, que el estado de los negocios....—Pues porque el estado de los negocios es malo, por eso le necesito á vd.»—No, si yo fuera Reina.... En fin hasta que sepa la *infinitiva* no quiero hablar,

Alcance.

Esta mañana ha llovido mucho en Madrid y ya trae la Gaceta los decretos de nuevo ministerio,

*¿YO NO LO DECIA,
QUE HASTA QUE CAYÉRA EL MINISTERIO NO LLOVIA?*

